

OFRECIMIENTO

Por el Dr. M. F. Pimentel Imbert

Este grupo distinguido de profesionales, orgullo de la Medicina dominicana, que supieron mantener su fe en su futuro profesional; llevando muy adentro firmeza de propósitos, abriendo brechas con esfuerzos inauditos, sin importarles vendavales ni tormentas.

Este grupo de profesionales médicos que con tanto ahinco y devoción supieron corresponder a las exigencias académicas y sostener una percepción vigorosa y plena de las responsabilidades contraídas con sus semejantes y con ellos mismos, como porción medular y creadora de nuestra sociedad dominicana.

Este grupo, estudiantes del ayer, prominentes médicos de hoy; vienen a rendir un tributo de reconocimiento y admiración a su siempre recordado y querido maestro: Dr. Nicolás Pichardo.

Vienen complacidos y atentos a oír de nuevo, Dr. Pichardo, tu erudita palabra, tu don de expresión y tus sabias enseñanzas.

Del hondón de su cariño vienen a escuchar de nuevo a su querido Profesor, clínico sagaz, meticulouso y observador, dispuesto siempre con franca sonrisa a dar un consejo, como consultante, como maestro, como amigo.

El admirado maestro, devoto de su profesión, enamorado de su sacerdocio, pedagogo novedoso, trabajador incansable, bondadoso, ecuánime, tolerante, altruista, de un gran espíritu científico y con sonrisa siempre a flor de labios y a veces respondiendo con irónicas sutilezas de libélulas enamoradas.

Amigos todos:

Hay un desbordamiento y atropello fascinante en el desarrollo dinámico de las Ciencias Médicas. Las conquistas logradas en los últimos años no hay que rememorarlas. Hacen cordilleras de montañas, y son motivadas por los cambios que han hecho posible la transformación científica y técnica, son logros positivos y beneficiosos para el hombre como ser físico—biológico.

No hay dudas que esa constante en el adelanto científico y la ampliación del conocimiento, plantea para el personal de los servidores de salud, la imperiosa necesidad de su educación continuada, vigoroso eje central de la educación permanente.

¡ ¡ Trayectoria impertérrita, trazada y ejecutada con firme convicción por nuestro homenajeado! !

Quiero aprovechar para recordarles no soslayar estos conceptos que ustedes han mantenido y perfeccionado.

Hemos aprendido mucho en nuestra vida profesional, pero es menester remozarse para poder dominar la disciplina, acentuar el saber, actualizar los conocimientos y brindar servicio real y eficiente al que demanda de nuestro trabajo.

Hay que tener la voluntad de no estar satisfecho con lo que se sabe y realizar esfuerzos de continuados estudios y ampliar nuestro saber y desarrollar nuestra destreza.

Conocer las nuevas corrientes y directrices científicas y adentrarse hondamente y continuamente en el estudio del espíritu del hombre.

La incensante y apasionada búsqueda de la verdad, el amor noble y puro a nuestra profesión, la obligación de ayudar al ser humano.

Jamás pensar que somos infalibles y tener la orientación en la consulta de libros y colegas, estar al tanto de revistas y mantener intercambios en conferencias y congresos.

Pero siempre, queridos colegas, buscando la comprensión y vibrando al unísono con los sentimientos y aspiraciones de nuestro prójimo,

¡ ¡ Ese es el ejemplo que debemos imitar de nuestro querido Profesor de Profesores! ! !

Dr. Pichardo: tus discípulos de otrora, hoy pintando nieves en sus sienes; años ha bulliciosos y alegres jóvenes; hoy austeros, rígidos, severos, reposados, pero retozándoles aún el espíritu de la juventud, esperan ansiosos, con sincretismo expectante, rumiando sus años mozos, oír tu palabra siempre docta y edificante.

Dr. Nicolás Esteban Pichardo.

La Escuela de Medicina de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, te ofrece muy orgullosa y complacida su cátedra: es tuya. . .ocúpala.

Dr. M. F. Pimentel Imbert

Señor Rector, Autoridades Universitarias,
Señores Profesores, Compañeros Médicos,
Damas y Caballeros.

Hace algunos días, al cumplir mis 61 años, meditando sobre este acto, entonces solamente programado, me preguntaba si sería posible cuantificar la responsabilidad de un hombre para conocer en qué medida resulta, total o parcialmente, acreedor al honor o al INRI con que el Estado de sus condecorados premia o castiga sus actos. Y al plantearme la pregunta mi intimidad acepta que la medida no es absoluta, que resulta incontrovertible que otros seres y otras situaciones comparten la acreencia, aun cuando no encuentre la manera de cuantificarlas exactamente; y esto así, porque si en la acepción de "responsabilidad" va subentendida de una parte la obligación moral, de la otra parte figura el albedrío, que si puede contener muchas posibilidades, de manera cierta contiene poca libertad.

Poca libertad digo, porque si en gran medida todo hombre es aducto de su propio destino, fama, bienestar, poder, infortunio, fuera de las coordenadas que son su herencia y su formación y sus actos sólo serán intencionales si se les mira en su propio momento y se los examina en el contexto de su tiempo.

Por eso creo que no existe la castidad absoluta; que nadie es totalmente virtuoso, que nadie es totalmente vicioso, que nadie es